

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 43 (2.689)

Ciudad del Vaticano

23 de octubre de 2020

La guerra es un
fracaso de la política
y de la humanidad



El anuncio se hizo público el jueves 22 de octubre

Renovado por dos años el Acuerdo Provisorio entre
la Santa Sede y China

Página 10

El Papa habla de la Jornada Mundial de las Misiones y lanza un llamamiento por el país norafricano

Ángelus

«Ha llegado la hora de detener cualquier forma de hostilidad, favoreciendo un diálogo que lleve a la paz, a la estabilidad y a la unidad» de Libia: lo deseó el Papa Francisco al finalizar el Angelus del 18 de octubre, rezado con los fieles presentes al medio día en la plaza de San Pedro, respetando las medidas adoptadas para evitar el contagio del Covid-19. Antes, de la meditación del Papa había sido sobre el tema de la hipocresía, sugerido por el pasaje evangélico del tributo para pagar al César (Mateo 22, 15-21).



Un futuro de paz para Libia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cfr. Mt 22,15-21) nos muestra a Jesús afrontando la hipocresía de sus adversarios. Ellos le hacen muchos cumplidos al principio, muchos cumplidos, pero a continuación le plantean una pregunta insidiosa para ponerlo en una situación difícil y desacreditarlo ante el pueblo. Le preguntan: «¿Es lícito pagar tributo —es decir pagar los impuestos— al César, o no?» (v. 17). En aquel tiempo, en Palestina, el dominio del imperio romano era mal tolerado —y se comprende, ¡eran invasores!—, también por motivos religiosos. Para la población, el culto al emperador, subrayado incluso por su imagen en las monedas, era una injuria al Dios de Israel. Los interlocutores de Jesús están convencidos de que no existen más respuestas a su pregunta: o «sí» o «no». Estaban esperando, precisamente porque con esta pregunta estaban seguros de acorralar a Jesús y hacerlo caer en su trampa. Pero Él conoce su malicia y se libra de la trampa. Les pide que le muestren la moneda del tributo —la moneda de los impuestos—, la toma en sus manos y pregunta de quién es la imagen impresa. Ellos responden que es del César, es decir, del emperador. Entonces Jesús replica: «Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (v. 21).

Y con esta respuesta, Jesús se sitúa por encima de la polémica. Jesús siempre más allá. Por una parte, reconoce que se debe pagar el tributo al César —también nosotros: hay que pagar los impuestos—, porque la imagen sobre la moneda es la suya; pero, sobre todo, recuerda que cada persona lleva en sí otra imagen —la llevamos en el corazón, en el alma—, la de Dios, y por tanto es a Él, y solo a Él, a quien cada uno debe la propia existencia, la propia vida.

En esta sentencia de Jesús no solo se encuentra el criterio para la distinción entre la esfera política y la religiosa, sino que de ella también emergen orientaciones claras para la misión de los creyentes de todos los tiempos, incluidos nosotros hoy. Pagar los impuestos es un deber de los ciudadanos, así como cumplir las leyes justas del Estado. Al mismo tiempo, es necesario afirmar la primacía de Dios en la vida humana y en la historia, respetando el derecho de Dios sobre todo lo que le pertenece. De aquí deriva la misión de la Iglesia y de los cristianos: hablar de Dios y testimoniarlo a

los hombres y a las mujeres del propio tiempo. Cada uno de nosotros, por el Bautismo, está llamado a ser presencia viva en la sociedad, animándola con el Evangelio y con la savia vital del Espíritu Santo. Se trata de esforzarse con humildad y con valor, dando la propia contribución a la edificación de la civilización del amor, en la que reinan la justicia y la fraternidad.

Que María Santísima nos ayude a todos a huir de cualquier hipocresía y a ser ciudadanos honestos y constructivos. Y que nos sostenga a nosotros, discípulos de Cristo, en la misión de testimoniar que Dios es el centro y el sentido de la vida.

Al finalizar la oración mariana, antes del llamamiento por Libia, el Pontífice habló de la Jornada Mundial de las Misiones y, en este contexto, quiso dar las gracias al Señor por la liberación del padre Pier Luigi Maccalli, secuestrado hace dos años en Níger. Finalmente dirigió un saludo particular a la comunidad peruana presente en la plaza con la imagen del «Señor de los Milagros».

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos la Jornada Mundial de las Misiones, que tiene como tema: «¡Aquí estoy, mándame! (Is 6,8) Tejedores de fraternidad». Es hermosa esta palabra, «tejedores». Todos los cristianos están llamados a ser tejedores de fraternidad. Lo son, de modo especial, los misioneros y misioneras —sacerdotes, consagrados y laicos— que siembran el Evangelio en el gran campo del mundo. Recemos por ellos y démosles nuestro apoyo concreto.

En este contexto, deseo dar gracias a Dios por la tan esperada liberación del padre Pier Luigi Maccalli —lo saludamos con este aplauso—, que había sido secuestrado hace dos años en el Níger. Nos alegramos también porque con él han sido liberados otros tres rehenes. Sigamos rezando por los misioneros y los catequistas, y también por cuantos son perseguidos o secuestrados en diversas partes del mundo.

Deseo dirigir una palabra de ánimo y apoyo a los pescadores detenidos desde hace más de un mes en Libia, y a sus familiares. Que encomendándose a María, Estrella del Mar, mantengan viva la esperanza de poder abrazar pronto a sus seres queridos. Rezo también por los diversos colo-

quios en curso a nivel internacional, para que sean significativos para el futuro de Libia. Hermanos y hermanas, ha llegado la hora de detener cualquier forma de hostilidad, favoreciendo un diálogo que lleve a la paz, a la estabilidad y a la unidad del país. Oremos juntos por los pescadores y por Libia, en silencio.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de varios países. En especial, saludo y bendigo con afecto a la comunidad peruana de Roma, reunida aquí con la venerada imagen del Señor de los Milagros. Un aplauso para la comunidad peruana. Saludo también a los voluntarios del Ente Italiano Tutela de los Animales y Legalidad.

Y os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Homenaje al Padre Obispo José Demetrio Jiménez Sánchez Mariscal

En línea la página web: www.padredemetrio.org, creada en homenaje al Padre Obispo José Demetrio Jiménez Sánchez Mariscal, OSA, quien fuera Obispo de la Prelatura de Cafayate, Argentina hasta su fallecimiento el 23 de octubre de 2019. En 2014 fue nombrado por Papa Francisco, Mons. José Demetrio, dejó detrás de sí una vasta obra que intenta ser recogida en este sitio web a fin de ser, con el tiempo, depósito de su memoria. Colaboraron en su construcción la familia del Obispo de España, la Biblioteca Agustiniiana de Buenos Aires y la feligresía de los Valles Calchaquíes. La intención de los administrados de la página es que pueda estar disponible a todos, con la misma generosidad con la que vivió su vocación.

ANA MARIA MAMMANA
VOLUNTARIA AGUSTINA Y
COORDINADORA DEL PROYECTO AMANCA
Y EN LOS VALLES CALCHAQUÍES

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum. Non prececidit

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.orspcv
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones.orspcv.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 1470. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5318 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Es necesario repensar el mundo en el que vivimos y qué clase de humanidad queremos ser



MARCELO FIGUEROA

En general los cambios generan una variedad contradictoria de sentimientos como expectación, tensión, incertidumbre y resistencia. Especialmente esto se produce en aquellos virajes existenciales, drásticos y no planeados. Muchas veces en la historia de los pueblos, familias y personas, estos cambios que pueden resultar dolorosos en su momento, luego se perciben como necesarios y sanadores.

Esta crisis planetaria y humanitaria que ha producido la pandemia nos ha dejado mucho dolor, mucho llanto y mucha impotencia. Desde nuestras fragilidades y hasta enojos; sin embargo, ha surgido la honda percepción de que es necesario repensar el mundo en que vivimos y que clase de humanidad queremos ser. Como Iglesia nos ha golpeado el kairós de una historia que no esperábamos vivir, pero hemos sido iluminados por el ejemplo de tantos hermanos y hermanas que han servido hasta ofrecer sus vidas por los sufrientes. Miramos más que nunca al Dios de las promesas, al Señor de historia y al Cristo sanador de los enfermos, esperando su palabra de guía en medio de un campo minado por un enemigo invisible.

La promesa de Dios a Abram de mudarse con su esposa en sus tiempos de vejez implicaba mucho más que una mudanza en su locación; significaba una transformación tan integral, trascendental como desconocida. (Gn 12, 1-3; 13,16-16; 15,5). Integral porque el llamado se extendía a los límites máximos de su ecúmene - todo su mundo conocido - "todas las familias de la tierra". Trascendental porque conllevaba una promesa de descendencia infinita, comparable con "el polvo de toda la tierra" o "las estrellas del cielo". Desconocida porque Dios nos les daba un GPS para llegar a ese destino recreado y maravilloso; "la tierra que te mostraré" fue el único mapa de ruta indicado. La propuesta del Dios de la historia llevaba consigo una conversión vivencial cuyas coordenadas tenían un norte planetario, un eje humanitario y un único punto de referencia invisible en la confianza hacia quien es el que llama.

¿Nuestra Iglesia dos veces milenaria, está abierta a ser parte de una transformación ecuménica o buscará simplemente retomar su vida religiosa anterior? ¿Recurriremos a las fuerzas del Señor, nosotros sus discípulos para llevar adelante en formas creativas y desafiantes la gran comisión frente a esta gran conmoción? ¿Tendremos el coraje los cristianos de quitar la mano del timón de nuestras seguridades misionales tradicionales, para caminar por y para fe, haciendo nuevos caminos al andar, como dijo el gran poeta español, Antonio Machado?

Abram, ante semejante llamado, hecha mano a lo que conoce, maneja y se siente seguro. Piensa como individuo, se recluye en sus límites y se aferra a su autonomía. En comunión con su esposa Sarai, deciden tener un hijo con la esclava Agar. Abram al despertar de la pesadilla "de un sueño profundo envuelto en una oscuridad aterradora" (Gn 15,12), deja de contemplar al Dios inspirador de los grandes sueños para su creación. A medida que busca recuperarse del impacto del desafío que tiene por delante, se aleja de la generosa y sanadora visión de un nuevo pueblo extenso, numeroso y a la altura de la dignidad de la humanidad hecha a imagen de Dios.

El proceso de su propia transformación a la altura de la visión, gratuidad y universalidad le lleva a Abram muchos años. Pero este amigo de Dios, que, entre risas nerviosas de incredulidad, y en medio de la crisis provocada por su "solución de continuidad", finalmente se atreve junto a su esposa a caminar hacia una conversión integral. En Isaac, se cambia el rumbo de una humanidad, un pueblo y un planeta. Dios, por su parte le cambia a Abram su nombre por Abraham (padre de misericordia) y a Sarai por Sara (princesa). El Señor instaura el principio de que muchas veces ante las crisis planetarias y humanitarias, no se puede retomar la pequeñez de lo individual, lo conocido y seguro; sino que hay que tener el coraje y la fe para transformar el mundo conocido hacia otro nuevo, desafiante, desconocido e integrador.

Necesitamos poner, al igual que Dios a Abram y Sara, nuevos nombres a los cambios que esta crisis de la pandemia ha producido. No podemos seguir hablando de "nueva normalidad" para encubrir la mezquindad del individualismo de un "sálvese quien pueda". Tengamos memoria de las "soluciones" de postguerras pasadas, cuando se desaprovecharon oportunidades de cambios transformadores, con la hipocresía de recuperar la "vieja normalidad", donde los débiles pagaron la factura en la mesa chica de los poderosos. No debemos salir de esta pesadilla de la pandemia, adormeciendo la culpa de saber que debemos cambiar algo, echando rápida mano al maquillaje de un cobarde gatopardismo. Pongámosles nombre a los cambios que de verdad sanan la tierra enferma y la humanidad doliente. Animémonos, aún con temor, a los caminar con fe los grandes sueños de Dios por una humanidad solidaria, justa e inclusiva y de un planeta sano, infinitamente generoso y al que todos debemos cuidar para vivir sanos, en justicia y en paz.

La homilía de Francisco y la oración de los cristianos

Los demás son la vía para salvarnos a nosotros mismos

Publicamos, a continuación, el texto de la homilía pronunciada por el Papa Francisco durante la hora de oración por la paz, presidida en la basílica de Santa María en Araucoli la tarde del martes, 20 de octubre.

Es un don rezar juntos. Agradezco y saludo con afecto a todos vosotros, en particular a Su Santidad el Patriarca Ecueménico, mi hermano Bartolomé y al querido Obispo Heimrich, Presidente del Consejo de la Iglesia Evangélica en Alemania. Desafortunadamente, el Reverendísimo Arzobispo de Canterbury Justin no pudo venir debido a la pandemia. El pasaje de la Pasión del Señor que hemos escuchado se sitúa poco antes de la muerte de Jesús y habla de la tentación que se cierne sobre Él, exhausto en la cruz. Mientras vive el momento del dolor y del amor más extremo, muchos, sin piedad, lanzan unas palabras contra Él: «Sálvate a ti mismo» (Mc 15, 30). Es una tentación crucial, que nos amenaza a todos, también a nosotros, cristianos. Es la tentación de pensar sólo en protegerse a sí mismo o al propio grupo, de tener en mente solamente los propios problemas e intereses, mientras todo lo demás no importa. Es un instinto muy humano, pero malo, y es la última provocación al Dios crucificado.

Sálvate a ti mismo. Lo dicen primero «los que pasaban» (v. 29). Era gente común, que había escuchado hablar a Jesús y lo habían visto hacer prodigios. Ahora le dicen: «Sálvate a ti mismo bajando de la cruz». No tenían compasión, sino ganas de milagros, de verlo bajar de la cruz. Quizás también nosotros preferiríamos a veces un Dios espectacular más que compasivo, un Dios potente a los ojos del mundo, que se impone con la fuerza y desbarata a quien nos odia. Pero esto no es de Dios, es nuestro yo. Cuántas veces queremos un Dios a nuestra medida, más que llegar nosotros a la medida de Dios; un Dios como nosotros, más que llegar a ser nosotros como Él. Pero así, en vez de la adoración a Dios preferimos el culto al yo. Es un culto que crece y se alimenta con la indiferencia hacia el otro. A los que pasaban, de hecho, Jesús les interesaba sólo para satisfacer sus antojos. Pero, reducido a un despojo en la cruz, ya no les interesaba más. Estaba delante de sus ojos, pero lejos de su corazón. La indiferencia lo mantenía distantes del verdadero rostro de Dios.

Sálvate a ti mismo. En un segundo momento, dan un paso al frente los jefes de los sacerdotes y los escribas. Eran los que habían condenado a Jesús porque representaba un peligro. Pero todos somos especialistas en colgar en la cruz a los demás con tal de salvarnos a nosotros mismos. Jesús, en cambio, se deja clavar para enseñarnos a no descargar el mal sobre los demás: «A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar» (v. 31). Conocían a Jesús, recordaban sus curaciones y las liberaciones que había realizado, y relacionan todo esto con malicia: insinúan que salvar, socorrer a los demás no conduce a ningún bien; Él, que se había entregado tanto por los demás, se está perdiendo a sí mismo. La acusación es sarcástica y se reviste de términos religiosos, usando dos veces el verbo salvar. Pero el «evangelio» del sálvate a ti mismo no es el Evangelio de la salvación. Es el evangelio apócrifo más falso, que carga las cruces sobre los demás. El Evangelio verdadero, en cambio, carga con las cruces de los otros.

Sálvate a ti mismo. Al final, incluso los crucificados que estaban junto a Jesús se unen al clima de hostilidad contra Él.

¡Qué fácil es criticar, hablar en contra, ver el mal en los demás y no en uno mismo, hasta llegar a descargar las culpas sobre los más débiles y marginados! Pero, ¿por qué los crucificados se ensañan con Jesús? Porque no los quita de la cruz. Le dicen: «Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23, 39). Sólo buscan a Jesús para resolver sus problemas. Pero Dios no viene tanto a liberarnos de los problemas, que siempre vuelven a presentarse, sino para salvarnos del verdadero problema, que es la falta de amor. Esta es la causa profunda de nuestros males personales, sociales, internacionales, ambientales. Pensar sólo en sí mismo es el padre de todos los males. Pero uno de los ladrones observa a Jesús y ve en Él el amor humilde. Y obtiene el cielo haciendo una sola cosa: cambiando la atención de sí mismo a Jesús, de sí mismo a quien estaba a su lado (cf. v. 42).

Queridos hermanos y hermanas: En el Calvario tuvo lugar el gran duelo entre Dios que vino a salvarnos y el hombre que quiere salvarse a sí mismo; entre la fe en Dios y el culto al yo; entre el hombre que culpa y Dios que perdona. Y llegó la victoria de Dios, su misericordia descendió en el mundo. De la cruz brota el perdón, renace la fraternidad: «La cruz nos hace hermanos» (Benedicto XVI, *Palabras al final del Via Crucis*, 21 marzo 2008). Los brazos de Jesús, abiertos en la cruz, marcan un punto de inflexión, porque Dios no señala con el dedo a nadie, sino que abraza a todos. Porque sólo el amor apaga el odio, sólo el amor vena a la injusticia. Sólo el amor deja lugar al otro. Sólo el amor es el camino para la plena comunión entre nosotros.

Miremos a Dios crucificado, y pidámonos a Dios crucificado la gracia de estar más unidos, de ser más fraternos. Y cuando seamos tentados de seguir la lógica del mundo, recordemos las palabras de Jesús: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 35). Lo que a los ojos de los hombres es una pérdida, para nosotros es la salvación. Aprendamos del Señor, que nos ha salvado despojándose de sí mismo (cf. Flp 2, 7), haciéndose otro: de Dios hombre, de espíritu carne, de rey siervo. También a nosotros nos invita a "hacernos otros", a ir al encuentro de los demás. Cuanto más unidos estemos al Señor Jesús, seremos más abiertos y "universales", porque nos sentiremos responsables de los demás. Y el otro será el camino para salvarse a sí mismo: cada semejante, cada ser humano, cualquiera sea su historia o su religión. Comenzando por los pobres, por los más parecidos a Cristo. El gran arzobispo de Constantinopla, san Juan Crisóstomo escribió que «si no hubiera pobres, en gran parte sería destruida nuestra salvación» (Sobre la 2.a Carta a los Corintios, 17, 2). Que el Señor nos ayude a transitar juntos el camino de la fraternidad, para ser testimonios creíbles del Dios vivo.



Publicamos, a continuación, el llamamiento firmado por el Papa y por los líderes religiosos durante el Encuentro internacional de oración «Nadie se salva solo. Paz y fraternidad» promovido por la Comunidad de Sant'Egidio en el "Espíritu de Asís".

Congregados en Roma en el «espíritu de Asís», espiritualmente unidos a los creyentes de todo el mundo y a las mujeres y a los hombres de buena voluntad, hemos rezado todos juntos para implorar el don de la paz en nuestra tierra. Hemos recordado las heridas de la humanidad, del tenemos en el corazón la oración silenciosa de tantas personas que sufren, frecuentemente sin nombre y sin voz. Por esto nos comprometemos a vivir y a proponer solemnemente a los responsables de los Estados y a los ciudadanos del mundo este llamamiento a la paz.

En esta plaza del Campidoglio, poco después del mayor conflicto bélico que la historia recuerde, las naciones que se habían enfrentado estipularon un pacto, fundado sobre un sueño de unidad, que posteriormente se llevó a cabo: la Europa unida. Hoy, en este tiempo de desorientación, golpeados por las consecuencias de la pandemia de Covid-19, que amenaza la paz aumentando las desigualdades y los miedos, decimos con fuerza: nadie puede salvarse solo, ningún pueblo, nadie.

Las guerras y la paz, las pandemias y el cuidado de la salud, el hambre y el acceso al alimento, el calentamiento global y la sostenibilidad del desarrollo, los desplazamientos de las poblaciones, la eliminación del peligro nuclear y la reducción de las desigualdades no afectan únicamente a cada nación. Lo entendemos mejor hoy, en un mundo lleno de conexiones, pe-

El llamamiento del Papa y de los líderes religiosos

La guerra es un fracaso de la humanidad

ro que frecuentemente pierde el sentido de la fraternidad. Somos hermanas y hermanos, ¡todos! Recemos al Altísimo que, después de este tiempo de prueba, no haya más un "los otros", sino un gran "nosotros" rico de diversidad. Es tiempo de soñar de nuevo, con valentía, que la paz es posible, que la paz es necesaria, que un mundo sin guerras no es una utopía. Por eso queremos decir una vez más: «¡Nunca más la guerra!».

Desgraciadamente, la guerra ha vuelto a parecerse a nuestro camino posible para la solución de las controversias internacionales. No es así. Antes de que sea demasiado tarde, queremos recordar a todos que la guerra deja siempre el mundo peor de como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad.

Requerimos a los gobernantes que rehacen el lenguaje de la división, que está sostenida frecuentemente por sentimientos de miedo y de desconfianza, y para que no se emprendan caminos de vuelta atrás. Miremos juntos a las víctimas. Hay muchos, demasiados conflictos todavía abiertos.

A los responsables de los Estados les decimos: trabajemos juntos por una nueva arquitectura de la paz. Unamos las fuerzas por la vida, la salud, la educación y la paz. Ha llegado el momento de utilizar los recursos empleados en producir armas cada vez más destructivas, promotoras de muerte, para elegir la vida, curar la humanidad y nuestra casa común. ¡No perdamos el tiempo! Comencemos por objetivos alcanzables: unamos desde hoy los esfuerzos para contener la difusión del virus hasta que tengamos una vacuna que sea idónea e accesible a todos. Esta pandemia nos está recordando que somos hermanas y hermanos de sangre.

A todos los creyentes, a las mujeres y a los hombres de buena voluntad, les decimos: seamos con creatividad artesanos de la paz, construyamos amistad social, hagamos nuestra la cultura del diálogo. El diálogo leal, perseverante y valiente es el antídoto contra la desconfianza, la división y la violencia. El diálogo disuelve desde la raíz las razones de las guerras, que destruyen el proyecto de fraternidad inscrito en la vocación de la familia humana.

Nadie puede sentirse que debe lavarse las manos. Somos todos corresponsables. Todos necesitamos perdonar y ser perdonados. Las injusticias del mundo y de la historia se sanan no con el odio y la venganza, sino con el diálogo y el perdón.

Que Dios inspire estos ideales en todos nosotros y este camino que hacemos juntos, plasmado los corazones de cada uno y haciéndonos mensajeros de paz.

El discurso del Papa en el Encuentro internacional de oración por la paz

El deber de decir basta a las armas y a la violencia

Este es el texto del discurso pronunciado por el Pontífice en la plaza del Campidoglio tras las oraciones de los líderes políticos y religiosos con ocasión del Encuentro internacional de oración por la paz que se llevó a cabo en Roma, la tarde del 20 de octubre.

Queridos hermanos y hermanas:

Es motivo de alegría y gratitud a Dios poder encontrar aquí en el Campidoglio, en el corazón de Roma, ilustres líderes religiosos, distinguidas Autoridades y numerosos amigos de la paz. Hemos rezado unos por otros por la paz. Saludo al señor Presidente de la República Italiana, honorable Sergio Mattarella. Y me alegra encontrarme de nuevo con mi hermano, Su Santidad el Patriarca Ecueménico Bartolomé. Realmente aprecio que, a pesar de las dificultades del viaje, él y otras personalidades hayan deseado participar en este momento de oración. En el espíritu del encuentro de Asís, convocado por san Juan Pablo II en 1986, la Comunidad de San Egidio celebra anualmente, de ciudad en ciudad, este evento de oración y diálogo por la paz entre creyentes de diversas religiones.

En esa visión de paz había una semilla profética que, paso a paso, gracias a Dios ha ido madurando con encuentros inéditos, acciones de pacificación y nuevas ideas de fraternidad. De hecho, mirando hacia atrás, aunque lamentablemente no encontramos en los últimos años con acontecimientos dolorosos, como conflictos, terrorismo o radicalismo, a veces en nombre de la religión, debemos reconocer los pasos fructuosos en el diálogo entre las religiones. Es un signo de esperanza que nos anima a trabajar juntos como hermanos: como hermanos.

Así hemos llegado al importante Documento sobre la Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, que firmé con el Gran Imán de al-Azhar, Ahmed al-Tayyeb, en el año 2019. De hecho, «el mandamiento de la paz está inscrito en lo profundo de las tradiciones religiosas» (Carta enc. *Fraternitas tuus*, 284). Los creyentes han entendido que la diversidad de religiones no justifica la indiferencia o la enemistad. En efecto, partiendo de la fe religiosa, uno puede convertirse en artesano de la paz y no en espectador inerte del mal de la guerra y del odio. Las religiones están al servicio de la paz y la fraternidad. Por eso, el presente encuentro también impulsa a los líderes religiosos y a todos los creyentes a rezar con insistencia por la paz, a no resignarse nunca a la guerra, a actuar con la fuerza apacible de la fe para poner fin a los conflictos.

¡Necesitamos la paz! ¡Más paz! «No podemos permanecer indiferentes. Hoy el mundo tiene una ardiente sed de paz. En muchos países se sufre por las guerras, con frecuencia olvidadas, pero que son siempre causa de sufrimiento y de pobreza» (*Discurso en la Jornada Mundial de Oración por la Paz*, Asís, 20 septiembre 2016). El mundo, la política, la opinión pública corren el riesgo de acostumbrarse al mal de la guerra, como compañero natural en la historia de los pueblos. «No nos quedemos en discusiones teóricas, tomemos contacto con las heridas, toquemos la carne de los perseguidos. [...] Prestemos atención a los prófugos, a los que sufrieron radiación

atómica y los ataques químicos, a las mujeres que perdieron sus hijos, a los niños mutilados o privados de su infancia» (FT, 261). En la actualidad, los dolores de la guerra también se ven agravados por la pandemia del coronavirus y la imposibilidad, en muchos países, de acceder a los tratamientos necesarios. Mientras tanto, los conflictos continúan, y con ellos el dolor y la muerte. Poner fin a la guerra es el deber impostergable de todos los líderes políticos ante Dios. La paz es la prioridad de cualquier política. Dios le pedirá cuentas a quienes no han buscado la paz o han fomentado las tensiones y los conflictos durante tantos días, meses y años de guerra que han pasado y que han golpeado a los pueblos.

La palabra del Señor Jesús se impone por su sabiduría profunda: «Envaina la espada –El dice–: que todos los que empuñan espada, a espada morirán» (Mt 26,52). Aquellos que acometen con la espada, quizás creyendo que resolverán rápidamente situaciones difíciles, experimentarán la muerte que viene de la espada sobre sí mismos, sobre sus seres queridos, sobre sus países. «¡Basta!» (Lc 22,38), dice Jesús cuando los discípulos le mostraron sus espadas, antes de la Pasión. «¡Basta!» es una respuesta inequívoca a toda violencia. Ese «¡basta!» de Jesús supera los siglos y llega con su fuerza hasta nosotros hoy: ¡basta de espadas, de armas, de violencia, de guerra!

San Pablo VI repitió este llamamiento a las Naciones Unidas en 1965, afirmando: «¡Nunca jamás guerra!». Esta es la súplica de todos nosotros, hombres y mujeres de buena voluntad. Es el sueño de todos los artesanos y buscadores de la paz, conscientes de que «todavía guerra de la al mundo peor que como lo había encontrado» (FT, 261).

¿Cómo salir de conflictos estancados y gongorosos? ¿Cómo desatar los nudos enredados de tantas luchas armadas? ¿Cómo prevenir conflictos? ¿Cómo pacificar a los señores de la guerra o a los que confían en la fuerza de las armas? Ningún pueblo, ningún grupo social puede por sí solo lograr la paz, el bien, la seguridad y la felicidad. Ninguno. La lección de la reciente pandemia, si decíamos ser honestos, es «la conciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos» (FT, 32).

La fraternidad, que nace de la conciencia de ser una sola humanidad, debe penetrar en la vida de los pueblos, en las comunidades, entre los gobernantes, en los foros internacionales. De esta manera, aumentará la conciencia de que sólo podemos salvarnos juntos encontrándonos, tratándonos, escuchando las peticiones, reconciliándonos, moderando el lenguaje de la política y de la propaganda, desarrollando caminos concretos para la paz (cf. FT, 231).

Estamos juntos esta tarde, como personas de diferentes tradiciones religiosas, para comunicar un mensaje de paz. Esto muestra claramente que las religiones no quieren la guerra, al contrario, desmascaran a quienes sacralizan la violencia, piden a todos que recen por la reconciliación y que actúen para que la fraternidad abra nuevos caminos de esperanza. De hecho, con la ayuda de Dios, es posible construir un mundo de paz y así, hermanas y hermanas, salvarnos juntos. Muchas gracias.

Entrevista al padre Juan Gabriel Arias, misionero argentino en Mozambique

Recuperar la humanidad es la única salida para habitar el mundo de una forma digna y responsable

SILVINA PÉREZ

Cada día, sin excepción, un "ejército" de valor incalculable y a menudo invisible, sin más armas que la entrega, la solidaridad, la misericordia y la esperanza, formado por millones de misioneros y misioneras lleva el Evangelio y también el magisterio y la palabra del Papa Francisco a cada rincón del planeta. A través de estos enviados, la nueva encíclica del Pontífice sobre la fraternidad y la amistad social ha llegado en particular a Mozambique, duramente golpeado durante décadas por las guerras, la violencia y la pobreza, como un aliento de paz y de esperanza. «Para la Iglesia de Mozambique, Fratelli tutti es parte de un camino que comenzó durante la visita apostólica de Francisco el año pasado, cuando el Pontífice, desde Maputo, hizo un llamamiento conmovedor en favor del proceso de paz y de reconciliación tras más de 40 años de guerra civil. Sin dudas, en Mozambique, la fraternidad es el complemento de la paz y de la Misericordia», sostiene el padre Juan Gabriel Arias, sacerdote argentino, quien fue enviado a este país africano, uno de los más pobres del continente y del mundo, en el año 2000 por Jorge Mario Bergoglio, entonces arzobispo de Buenos Aires.

Su pasión por África surgió mucho tiempo atrás, nació de las ganas de ayudar a los demás, de su vocación como misionero para entregar su vida para anunciar el Evangelio a quienes aún no lo conocen. Desde que puso un pie en Mozambique, se sumergió en la realidad de las poblaciones más abandonadas y desfavorecidas y puso en marcha todo tipo de labores educativas, sanitarias y de ayuda social en la comunidad. Acabó convirtiéndose en una enciclopedia andante del lugar, aprendiendo las lenguas locales y viviendo en lugares donde no todo el mundo llega. Su misión es evangelizar, pero en África el concepto occidental de evangelización se queda corto.

El padre Juan Gabriel, en esta entrevista con L'Osservatore Romano, desgana la realidad de un continente a menudo olvidado y cómo se vive allí con solidaridad, este tiempo de pandemia. Explica cómo, en plena crisis, los más desfavorecidos comparten con sus prójimos, a través de la Iglesia, lo poco que tienen. Y relata también la trascendencia para la Iglesia mozambiqueña de las reflexiones de Francisco en su importante nueva encíclica y la acogida en sus comunidades.

¿Cómo se puede definir esta encíclica del Papa Francisco?

La encíclica *Fratelli tutti* es, sin dudas, un manifiesto para nuestro tiempo. Al leer *Fratelli tutti*, uno se siente llamado a una asunción decisiva de responsabilidad, tanto individual como colectiva, es, sin dudas, una encíclica para reorientar la propia vida. Ante la pandemia, la crisis económica, el aumento de la pobreza, la crisis de representación de la política, las cruentas guerras sin fin, las migraciones etc., Francisco propone redescubrir y practicar la «fraternidad universal», es decir nos invita a recuperar la humanidad. Recuperar la humanidad no es una alternativa, sino la única salida para habitar el mundo de una forma digna y responsable. San Juan de la Cruz decía que al atardecer de la vida seremos juzgados por el amor y creo que la civilización humana, en conjunto, también lo será. La encíclica expresa claramente la necesidad de los valores de la paz, la justicia, la solidaridad, la protección del medio ambiente... ¡Pero no de forma abstracta!

Francisco recoge en su documento el impulso renovador que encendió el Concilio Vaticano II desde Juan XXIII pasando por San Pablo VI y por San Juan Pablo II, donde la fraternidad marca el rumbo como humanidad. Para la Iglesia de Mozambique este documento forma parte de un camino que comenzó durante la visita apostólica de Francisco, el año pasado, cuando el Pontífice desde la sede del Palacio Presidencial en Maputo hizo llamamiento conmovedor en favor del proceso de paz y de reconciliación tras más de 40 años de guerra civil. Sin dudas, en Mozambique, la Fraternidad es el complemento de la paz y de la Misericordia. ¡Es un texto que brinda esperanza!

Esperanza en un mundo en el que, cada día, y no sólo en África, parece prevalecer la lógica de la opresión, el utilitarismo y la violencia... ¿Cómo se puede revertir esto?

Justamente la Encíclica es una llamada de atención para que no perdamos el foco en cosas pasajeras y saquemos la vista de aquello a lo que estamos destinados. «Amamos los unos a los otros» el que escucha este mandamiento, o mejor, el que lo obedece, se renueva interiormente no por un amor cualquiera sino por el mismo amor que el Señor nos ha dado. La paz interior de la cual nos habla San Agustín no resulta posible si no nos esforzamos activamente en brindarnos al otro, en hablar con aquel que espera escucharnos. Son temas tratados por Francisco en esta encíclica, junto a otros temas de mayor profundidad como el perdón, la acogida, la amistad o la fraternidad.

África sigue siendo el continente menos afectado en cuanto a número de



muerteras y de casos positivos de coronavirus. Sin embargo, las predicciones de las instancias internacionales durante marzo y abril fueron muy alarmistas...

Cuando estalló la pandemia de coronavirus todo apuntaba a que sus efectos serían devastadores en África. Y en muchos países africanos, la transmisión ha sido alta, pero la gravedad y la mortalidad han sido mucho más bajas que las predicciones originales, basadas en la experiencia de China y Europa. En Mozambique la gente pensaba que una explosión de casos de Covid-19 en África como la de Europa sería catastrófica por la combinación de sistemas de salud sobrecargados e insuficientemente financiados. Pero, de hecho, la letalidad del virus por ahora es menor que en otros lados. Hay varias teorías sobre por qué es menos letal, algunas se refieren a las diferencias climáticas, a la inmunidad preexistente, a factores genéticos o diferencias de comportamiento. ¿Está África, pues, libre de sospecha? Obviamente no. Aún queda mucho virus y no sabemos qué puede suceder con el avance de la interacción entre el virus y las personas.

Aun así, una cosa queda clara: los efectos secundarios de la pandemia serán un verdadero reto para África. Me refiero a las interrupciones severas de las actividades económicas y sociales, y a los potenciales efectos devastadores de la reducción de los servicios de atención que protegen a millones de personas, como las vacunaciones rutinarias y los programas de control de la malaria, la tuberculosis y el VIH. Pobreza, desigualdad y crisis ambiental son algunos de los problemas que agravan los efectos de la Covid-19.

¿Cuál fue la reacción de su comunidad eclesial ante el coronavirus?

La gente no tenía información. Tuve que capacitar rápidamente a 12 jóvenes para llevar a cabo una campaña de prevención sobre el virus en todas las comunidades. Mi parroquia asiste a 45 comunidades que por razones geográficas se dividen en 9 áreas. Las distancias entre ellas son enormes y en estas zonas no hay electricidad. Por lo tanto, no tienen acceso a la información de internet o de la televisión. Los 12 operadores fueron de casa en casa, puerta a puerta dando información sobre el virus y dejando folletos explicativos hechos por nosotros. La parte más difícil fue, sin dudas, durante la Semana Santa, la suspensión de los servicios religiosos afectó mucho a toda la comunidad y además la prohibición del Gobierno de rezar en los templos generó un corticoirucio cultural en dos de las nueve áreas. En el pasado estas zonas fueron protagonistas de una verdadera persecución religiosa durante la guerra. Y la falta de información llevó a pensar que, al igual que sucedía durante el comunismo, tenían que defender su fe y por eso se encontraban en la jungla para rezar clandestinamente y defender a la Iglesia. Salían de sus casas con los tradicionales baldes en la cabeza y en lugar de agua llevaban libros del Catecismo. Tuvimos que hacer un gran trabajo para convencer de que la pandemia era otra cosa. En otra de las zonas más pobres pensaron que al yo no visitar las comunidades no recibía ofertas y por lo tanto debían ayudarme porque quizás estaba pasando hambre.

Es costumbre del lugar que cuando se viene a misa o cuando visito personalmente las comunidades, los que nada tienen ofrezcan los pocos frutos del trabajo en los campos para la parroquia, maíz, yuca y otros frutos de la tierra. Me convocaron y recogieron la cosecha comunitaria para la parroquia, fruto del trabajo de la tierra de los más pobres.

He recibido muchos mensajes de mis feligreses y ha habido gestos realmente increíbles.

Nunca como hoy hemos entendido que estamos «todos en el mismo barco», nunca como hoy ha quedado claro que «nadie puede salvarse solo», como nos ha recordado el Papa Francisco. Pero parece que la solidaridad en algunos casos ha entrado en «cuarentena»...

La Iglesia no entra jamás en cuarentena. En multitud de ocasiones, mientras las ONG o los programas de Agencias internacionales evacúan a su personal en situaciones de peligro, nosotros nos quedamos. Generalmente todos hacen un buen trabajo, pero cuando la cosa se calienta, aquí los únicos que nos hemos quedado siempre hemos sido la Iglesia y sus misioneros. Nosotros no podemos abandonar a la gente que está pasando una crisis. Es normal que con la pandemia las instituciones internacionales, los países y hasta me atrevería a decir las familias que ayudaban se estén reorganizando, cerrando filas ante la crisis, este repertuce y mucho en las ayudas, se hace lo que se puede. Gracias a Dios, el proyecto para ofrecer desayunos, que cubre una población de más de 15 mil niños, por ahora logro llevarlo adelante, los números de las personas que nos piden y necesitan tienden a crecer. Sin dudas, la vida se ha complicado con la pandemia, pero hay que recordar que se trata de un aperitivo de las dificultades que están por venir si no se actúa contundentemente contra los factores estructurales que afectan al mundo, como la pobreza y el cambio climático.

En un videomensaje, Francesco denuncia la desigualdad de oportunidades educativas agravada por la pandemia

Un pacto global contra la catástrofe educativa

Y propone algunos puntos de compromiso concreto por un «nuevo modelo cultural»



Publicamos a continuación el texto del videomensaje —transmitido en la tarde del jueves 15 de octubre durante el encuentro en directo streaming organizado por la Congregación para la educación católica en la Universidad Pontificia Lateranense— que el Papa Francisco envió a los participantes al «Global Compact on Education». Ha pasado más de un año desde que, en septiembre de 2019, el Pontífice propuso un pacto global para la educación anunciando un encuentro que tendría que haberse celebrado el 14 de mayo de 2020, pero que se pospuso por la pandemia.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando los invité a iniciar este camino de preparación, participación y planificación de un pacto educativo

Sabemos que las medidas sanitarias necesarias serán insuficientes si no van acompañadas de un nuevo modelo cultural. Esta situación ha hecho incrementar la conciencia de que se debe realizar un cambio en el modelo de desarrollo

global, no imaginábamos la situación en la que se desarrollaría: el Covid ha acelerado y amplificado muchas de las urgencias y emergencias que habíamos constatado, y ha manifestado muchas otras. A las dificultades sanitarias se sumaron después las económicas y sociales. Los sistemas educativos de todo el mundo han sufrido la pandemia tanto a nivel escolar como académico.

En todas partes se ha intentado activar una respuesta rápida a través de plataformas educativas informatizadas, que han mostrado no sólo una marcada disparidad en las oportunidades educativas y tecnológicas, sino también, debido al confinamiento y muchas otras deficiencias

existentes, muchos niños y adolescentes se han quedado atrás en el proceso natural de desarrollo pedagógico. Según algunos datos recientes de organismos internacionales, se habla de una “catástrofe educativa” —es un poco fuerte, pero se habla de una “catástrofe educativa”—, ante los aproximadamente diez millones de niños que podrían verse obligados a abandonar la escuela a causa de la crisis económica generada por el coronavirus, aumentando una brecha educativa ya alarmante —con más de 250 millones de niños en edad escolar excluidos de cualquier actividad educativa—.

Ante esta dramática realidad, sabemos que las medidas sanitarias necesarias serán insuficientes si no van acompañadas de un nuevo modelo cultural. Esta situación ha hecho incrementar la conciencia de que se debe realizar un cambio en el modelo de desarrollo. Para que respete y proteja la dignidad de la persona humana, debe partir de las oportunidades que la interdependencia mundial ofrece a la comunidad y a los pueblos, cuidando nuestra casa común y protegiendo la paz. La crisis que atravesamos es una crisis global, que no se puede reducir ni limitar a un único ámbito o sector. Es general. El Covid ha hecho posible reconocer de forma global que lo que está en crisis es nuestro modo de entender la realidad y de relacionarnos.

En este contexto, vemos que no son suficientes las recetas simplistas o los vanos optimismos. Conocemos el poder transformador de la educación: educar es apostar y dar al presente la esperanza que rompe los determinismos y fatalismos con los que el egoísmo de los fuertes, el conformismo de los débiles y la ideología de los utópicos quieren imponerse

tantas veces como el único camino posible.

Educación es siempre un acto de esperanza que invita a la coparticipación y a la transformación de la lógica estéril y paralizante de la indiferencia en otra lógica distinta, capaz de acoger nuestra pertenencia común. Si los espacios educativos hoy se ajustan a la lógica de la sustitución y de la repetición; y son incapaces de generar y mostrar nuevos horizontes, en los que la hospitalidad, la solidaridad intergeneracional y el valor de la trascendencia construyan una nueva cultura, ¿no estaremos faltando a la cita con este momento histórico?

También somos conscientes de que un camino de vida necesita una esperanza basada en la solidaridad, y que cualquier cambio requiere un itinerario educativo, para construir nuevos paradigmas capaces de responder a los desafíos y emergencias del mundo contemporáneo, para comprender y encontrar soluciones a las exigencias de cada generación y hacer florecer la humanidad de hoy y de mañana.

Creemos que la educación es una de las formas más efectivas de humanizar el mundo y la historia. La educación es ante todo una cuestión de amor y responsabilidad que se transmite en el tiempo de generación en generación.

Por tanto, la educación se propone como el antídoto natural de la cultura individualista, que a veces degenera en un verdadero culto al yo y en la primacía de la indiferencia. Nuestro futuro no puede ser la división, el empobrecimiento de las facultades de pensamiento e imaginación, de escucha, de diálogo y de comprensión mutua. Nuestro futuro no puede ser este.

Hoy es necesario un nuevo periodo de compromiso educativo, que involucre a todos los componentes

de la sociedad. Escuchemos el grito de las nuevas generaciones, que manifiesta la necesidad y, al mismo tiempo, la oportunidad estimulante de un renovado camino educativo, que no mire para otro lado, favoreciendo graves injusticias sociales, violaciones de derechos, grandes pobreza y exclusiones humanas.

Se trata de un itinerario integral, en el que se salga al encuentro de

Creemos que la educación es una de las formas más efectivas de humanizar el mundo y la historia. La educación es ante todo una cuestión de amor y responsabilidad

aquellas situaciones de soledad y desconfianza hacia el futuro que generan depresión, adicciones, agresiones, odio verbal, fenómenos de intimidación y acoso entre los jóvenes. Un camino compartido, en el que no se permanezca indiferentes ante el flagelo de la violencia y el maltrato de menores, el fenómeno de las niñas esposas y de los niños soldados, la tragedia de los menores vendidos y esclavizados. A esto se suma el dolor por el “sufrimiento” de nuestro planeta, provocado por una explotación sin inteligencia y sin corazón, que ha generado una grave crisis medioambiental y climática.

En la historia hay momentos en los que es necesario tomar decisiones fundamentales, que no sólo dan una impronta a nuestra forma de vida, sino sobre todo una determinada posición ante posibles escenarios futuros. En la actual situación de crisis sanitaria —llena de desánimo y desencanto—, consideramos que es el momento de firmar un pacto educativo global para y con las generaciones más jóvenes, que involucre en la formación de personas maduras a las familias, comunidades, escuelas y universidades, instituciones, religio-

Emergencia sanitaria y emergencia formativa

GIUSEPPE VERSALDI

Ante todo, quisiera subrayar el marco histórico que el Papa Francisco hace de la celebración del Pacto educativo global: la pandemia de covid-19, que ha retrasado la puesta en marcha, según el Santo Padre, ha sido como un factor que ha precipitado la crisis ya existente de la que partía la exigencia de la iniciativa promovida por él, incluso si se ha convertido en causa de un nuevo agravamiento, especialmente en el campo educativo. Los remedios que las tecnologías de la comunicación han ofrecido para continuar, aunque a distancia, con la enseñanza han evidenciado una creciente disparidad entre la población escolar que podría definirse como una «catástrofe educativa». De esta constatación parte el Papa Francisco para lanzar la exigencia de un «nuevo modelo cultural» para un cambio que debe llevar a un «cambio en el modelo de desarrollo» que ve en el poder transformador de la educación» uno de los puntos más importantes.

De hecho, según el Pontífice, la educación tiene el poder de romper determinismos, fatalismos, conformismos e ideologías con las que el fuerte prevalece sobre el más débil para dar esperanza a aquellos que son sistemáticamente descartados de la sociedad. Hay que subrayar cómo el Papa, retomando la tradición cristiana en su totalidad, pone en la base de la educación no fórmulas técnicas, sino el amor («La educación es ante todo una cuestión de amor») que lleva a la responsabilidad de transmitir la verdad integral entre las generaciones. Dado que la crisis que estamos atravesando es «global» a causa de la interdependencia planetaria, es necesario que el compromiso educativo involucre todos los componentes de la sociedad que deben escuchar «el grito de las nuevas generaciones» para superar las «graves injusticias sociales, violaciones de derechos, grandes pobreza y exclusiones humanas». De ahí la necesidad (que la pandemia ha acentuado) de un compromiso de alcance histórico para la firma de un «pacto educativo global para y con las generaciones más jóvenes, que involucre en la formación de personas maduras a las familias, comunidades, escuelas y universidades, instituciones, religiones, gobernantes, a toda la humanidad».

El Papa Francisco llama a todos a «la audacia para recrear el tejido de las relaciones a favor de una humanidad capaz de hablar el lenguaje de la fraternidad». ¿Y cómo no ver una perfecta continuidad entre esta indicación y la reciente carta encíclica *Fratelli tutti*.

nes, gobernantes, a toda la humanidad.

Hoy se requiere la parresia necesaria para ir más allá de visiones extrínsecas de los procesos educativos, para superar las excesivas simplificaciones aplanadas sobre la utilidad, sobre el resultado «estandarizado», sobre la funcionalidad y la burocracia que confunden educación con instrucción y terminan destruyendo nuestras culturas; más bien se nos pide que busquemos una cultura integral, participativa y multifacética. Necesitamos valentía para generar procesos que asuman conscientemente la fragmentación existente y los contrastes que de hecho llevamos con nosotros; la audacia para recrear el tejido de las relaciones a favor de una humanidad capaz de hablar el lenguaje de la fraternidad. El valor de nuestras prácticas educativas no se medirá simplemente por haber superado pruebas estandarizadas, sino por la capacidad de incidir en el corazón de una sociedad y dar nacimiento a una nueva cultura. Un mundo diferente es posible y requiere que aprendamos a construirlo, y esto involucra a toda nuestra humanidad, tanto personal como comunitaria.

Hacemos un llamamiento de manera particular a los hombres y las mujeres de cultura, de ciencia y de deporte, a los artistas, a los operadores de los medios de comunicación, en todas partes del mundo, para que ellos también firmen este pacto y, con su testimonio y su trabajo, se hagan promotores de los valores del cuidado, la paz, la justicia, la bondad, la belleza, la acogida del otro y la fraternidad. «No tenemos que esperar todo de los que nos gobiernan, sería infantil. Gozamos de un espacio de corresponsabilidad capaz de iniciar y generar nuevos procesos y transformaciones. Seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 77). Un proceso plural y multifacético capaz de involucrarnos a todos en respuestas significativas, donde la diversidad y los enfoques se puedan armonizar en la búsqueda del bien común. Capacidad para crear una armonía: esto es lo que necesitamos hoy.

Por estos motivos nos comprometemos personal y conjuntamente a:

Poner en el centro de todo proceso educativo formal e informal a la persona, su valor, su dignidad, para hacer sobresalir su propia especificidad, su belleza, su singularidad y, al mismo tiempo, su capacidad de relacionarse con los demás y con la realidad que la rodea, rechazando esos estilos de vida que favorecen la difusión de la cultura del descarte.

Segundo: Escuchar la voz de los niños, adolescentes y jóvenes a quienes transmitimos valores y conocimientos, para construir juntos un futuro de justicia y de paz, una vida digna para cada persona.

Tercero: Fomentar la plena participación de las niñas y de las jóvenes en la educación.

Cuarto: Tener a la familia como primera e indispensable educadora.

Quinto: Educar y educarnos para acoger, abriéndonos a los más vulnerables y marginados.

Sexto: Comprometernos a estudiar para encontrar otras formas de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso, para que estén verdaderamente al servicio del hombre y de toda la familia humana

Hacemos un llamamiento de manera particular a los hombres y las mujeres de cultura, de ciencia y de deporte, a los artistas, a los operadores de los medios de comunicación, en todas partes del mundo, para que ellos también firmen este pacto y, con su testimonio y su trabajo, se hagan promotores de los valores del cuidado, la paz, la justicia, la bondad, la belleza, la acogida del otro y la fraternidad

en la perspectiva de una ecología integral.

Séptimo: Salvaguardar y cultivar nuestra casa común, protegiéndola de la explotación de sus recursos, adoptando estilos de vida más sobrios y buscando el aprovechamiento integral de las energías renovables y respetuosas del entorno humano y natural, siguiendo los principios de subsidiariedad y solidaridad y de la economía circular.

Queridos hermanos y hermanas: En definitiva, queremos comprometernos con valentía para dar vida, en nuestros países de origen, a un proyecto educativo, invirtiendo nuestras mejores energías e iniciando procesos creativos y transformadores en colaboración con la sociedad civil. En este proceso, un punto de referencia es la doctrina social que, ins-

pirada en las enseñanzas de la Revelación y el humanismo cristiano, se ofrece como base sólida y fuente viva para encontrar los caminos a seguir en la actual situación de emergencia. Tal inversión formativa, basada en una red de relaciones humanas y abiertas, debe garantizar el acceso de todos a una educación de calidad, a la altura de la dignidad de la persona humana y de su vocación a la fraternidad. Es hora de mirar hacia adelante con valentía y esperanza. Que nos sostenga, por tanto, la convicción de que en la educación

se encuentra la semilla de la esperanza: una esperanza de paz y de justicia. Una esperanza de belleza, de bondad; una esperanza de armonía social.

Recordemos, hermanos y hermanas, que las grandes transformaciones no se construyen en el escritorio. Hay una «arquitectura» de la paz en la que intervienen las diversas instituciones y personas de una sociedad, cada una según su propia competencia, pero sin excluir a nadie (cf. *ibíd.*, 231). Así tenemos que seguir: todos juntos, cada uno como es, pero siempre mirando juntos hacia adelante, hacia esta construcción de una civilización de la armonía, de la unidad, donde no haya lugar para esta virulenta pandemia de la cultura del descarte.

Gracias.



Renovado por dos años el Acuerdo Provisorio entre la Santa Sede y China

El anuncio se hizo público el jueves 22 de octubre. Las razones del Acuerdo están publicadas en un artículo para L'Osservatore Romano: «El comienzo ha sido positivo, gracias a la buena comunicación y colaboración entre las partes»

El Acuerdo Provisional entre la Santa Sede y la República Popular China sobre la designación de los Obispos se ha prorrogado «por otros dos años». Así lo anuncia un comunicado difundido por la Oficina de Prensa de la Santa Sede en el día en que debía expirar: «La Santa Sede, considerando que el comienzo de la aplicación del mencionado Acuerdo - de valor eclesial y pastoral fundamental - ha sido positivo, gracias a la buena comunicación y colaboración entre las Partes en la materia acordada, se propone continuar el diálogo abierto y constructivo para promover la vida de la Iglesia católica y el bien del Pueblo chino». El comunicado va acompañado por un largo artículo para L'Osservatore Romano, en el que se explican las razones de esta elección. «Las dos Partes - se lee en el artículo - han evaluado diversos aspectos de su aplicación y han acordado, mediante el intercambio oficial de Notas Verbales, prorrogar su validez por otros dos años, hasta el 22 de octubre de 2022».

El objetivo principal del Acuerdo «es apoyar y promover la proclamación del Evangelio» en China «reconstituyendo la unidad plena y visible de la Iglesia». La cuestión del nombramiento de los Obispos y la unidad de los Obispos con el Sucesor de Pedro «es de vital importancia para la vida de la Iglesia, tanto a nivel local como universal». Precisamente este elemento «inspiró las negociaciones y sirvió de referencia en la redacción del texto del Acuerdo», para asegurar «poco a poco, tanto la unidad de la fe y de la comunión entre los Obispos como el pleno servicio a favor de la comunidad católica en China». Ya hoy, por primera vez en muchos decenios, todos los Obispos de China están en comunión con el Obispo de Roma y, gracias a la aplicación del Acuerdo, no habrá más ordenaciones ilegítimas». En el artículo se explica que con el Acuerdo «no se han abordado todas las cuestiones o situaciones abiertas que siguen siendo motivo de preocupación para la Iglesia», sino «exclusivamente el tema de los nombramientos episcopales». Citando el reciente discurso del Cardenal Secretario de Estado Pietro Parolin en la conferencia del PIME en Milán, en el artículo se recuerda que «han surgido algunos malentendidos». Muchos de ellos brotaron de la atribución al Acuerdo «de objetivos que no tiene», o de su relación «con cuestiones políticas que no tienen nada que ver con el propio Acuerdo». La firma en Pekín de septiembre de 2018 «constituye el punto de llegada de un largo camino» pero «es también, y sobre todo, el punto de partida de acuerdos más amplios y con mayor visión de futuro». El Acuerdo Provisional, cuyo texto, «dado su carácter experimental, se ha mantenido confidencial por consenso, y es fruto de un diálogo abierto y constructivo». Esta «actitud de diálogo, alimentada por el respeto y la amistad, es fuertemente deseada y promovida» por el Papa Francisco, quien «consciente de las heridas causadas en el pasado a la comunión de la Iglesia, y después de años de largas negociaciones, iniciadas y continuadas por sus predecesores y en una indudable continuidad de pensamiento con ellos, ha restablecido la plena comunión con los Obispos chinos ordenados sin mandato pontificio y ha autorizado la firma del Acuerdo sobre el nombramiento de los Obispos, cuyo borrador, por otra parte, ya había sido aprobado por el Papa Benedicto XVI».

«Por parte de algunos sectores de la política internacional - se lee también en el artículo - se intentó analizar el trabajo de la Santa Sede principalmente según una hermenéutica geopolítica. En el caso de la estipulación del Acuerdo Provisorio, en cambio, para la Santa Sede es una cuestión profundamente eclesiológica». Además, «existe la plena conciencia» de que este diálogo «favorece una búsqueda más profícua del bien común en beneficio de toda la comunidad internacional». En cuanto a los resultados obtenidos hasta ahora, se han nombrado dos nuevos Obispos, «mientras están en marcha varios otros procesos para nuevos nombramientos episcopales». Aunque «estadísticamente, esto puede no parecer un gran resultado, representa, sin embargo, un buen comienzo, con la esperanza de alcanzar progresivamente otros objetivos positivos». También porque la emergencia sanitaria causada por la pandemia ha incluido sobre los contactos entre las dos partes y sobre la aplicación del Acuerdo.

«La aplicación del Acuerdo, con la participación efectiva y cada vez más activa del Episcopado chino, por lo tanto, está teniendo gran importancia para la vida de la Iglesia católica en China y, como resultado, para la Iglesia universal. En este contexto, también se coloca el objetivo pastoral de la Santa Sede de ayudar a los católicos chinos, divididos desde hace tiempo, a dar señales de reconciliación, de colaboración y de unidad para un renovado y más eficaz anuncio del Evangelio en China».

«Debemos reconocer - concluye el artículo - que todavía hay muchas situaciones de gran sufrimiento. La Santa Sede es profundamente consciente de ello, lo tiene muy en cuenta y no deja de llamar la atención del Gobierno chino para fomentar un ejercicio más fructífero de la libertad religiosa. El camino sigue siendo largo y no está exento de dificultades». La Santa Sede espera que el Acuerdo Provisorio y la prórroga «contribuyan a la solución de las cuestiones de interés común aún abiertas, con especial referencia a la vida de las comunidades católicas en China, así como a la promoción de un horizonte internacional de paz, en un momento en que estamos experimentando numerosas tensiones a nivel mundial».

El Papa al Consejo de cardenales reunido a través de internet

Una reforma ya en marcha

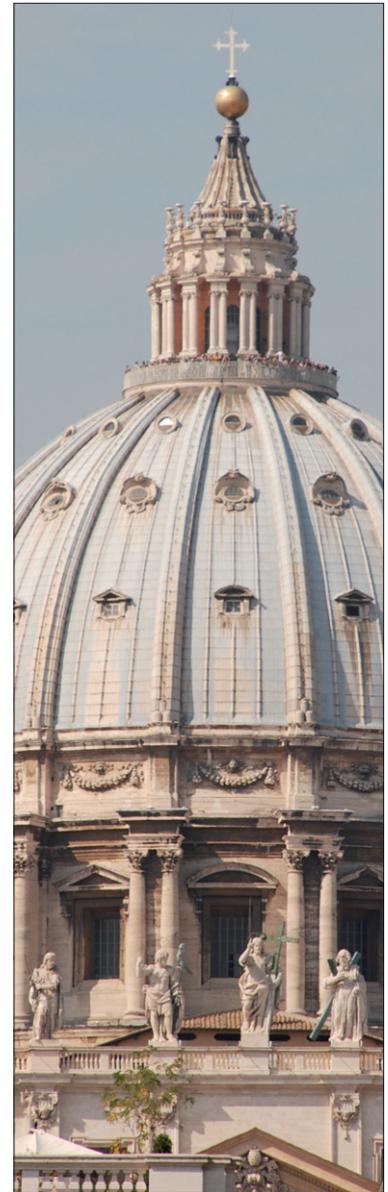
La reforma «ya está en marcha, también bajo ciertos aspectos administrativos y económicos»: el Pontífice lo subrayó conectándose desde la Casa Santa Marta con el Consejo de Cardenales que, debido a la situación sanitaria mundial, tuvo lugar online en la tarde del martes 13 de octubre, a las 16 horas.

Lo dio a conocer un comunicado de prensa emitido por la Oficina de Prensa de la Santa Sede esa misma tarde, en el que se especificaba que «durante los meses de verano el Concilio ha podido trabajar a través de internet en el texto de la nueva constitución apostólica -que sustituirá a la *Pastor bonus* promulgada por Juan Pablo II- «cuyo borrador actualizado ha sido presentado» al Papa Francisco.

A la trigésimo cuarta reunión asistieron a través de videoconferencia el cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Reinhard Marx, Sean Patrick O'Malley y Oswald Gracias, mientras que desde el Vaticano intervinieron los cardenales Pietro Parolin y Giuseppe Bertello, el obispo Marcello Semeraro, secretario del Consejo, con el secretario adjunto, monseñor Marco Mellino.

El encuentro se había convocado para volver a examinar la labor realizada y para estudiar la forma de sostener la aplicación de la nueva constitución, una vez promulgada.

La próxima sesión está programada para el mes de diciembre y tendrá lugar en Internet, debido a la situación sanitaria, según el plan ya establecido.



Emergencia sanitaria y emergencia formativa

VIENE DE LA PÁGINA 9

ti que dará ciertamente una contribución notable a la implementación del pacto educativo global?

En resumen, para concretar y armonizar el compromiso de todos, el Papa Francisco ofrece siete propuestas que ponen en el centro de todo proceso educativo a la persona, a partir de los más pequeños que deben encontrar como primer sujeto educador a la familia en una sociedad que debe cambiar los modos actuales de entender la economía, la política y el progreso «para que estén verdaderamente al servicio del hombre y de toda la familia humana en la perspectiva de una ecología integral», según lo que la doctrina social de la Iglesia propone desde hace tiempo, a la luz de la Revelación y del humanismo cristiano que deriva de ello.

*Cardenal prefecto de la Congregación para la educación católica

En un videomensaje el Papa define el actual sistema económico como insostenible y subraya el deber moral de replantearlo

El cuidado de la tierra es un derecho humano

Con ocasión del encuentro digital «Countdown» sobre el cambio climático —promovido a nivel global por Téd, organización que inició hace 25 años en California— el Papa Francisco envió a los participantes un videomensaje que fue transmitido en la noche (en torno a las 22.15 hora de Roma) del sábado 10 de octubre. Publicamos a continuación el texto, en el que el Pontífice sugiere algunas soluciones inmediatas como respuesta a la crisis ambiental.

¡Buenos días!

Vivimos un momento histórico marcado por difíciles desafíos. El mundo está sacudido por la crisis provocada por la pandemia Covid-19, que pone aún más de relieve otro desafío mundial: la crisis socio-ambiental.

Esto nos enfrenta a todos a la necesidad de decidir.

La decisión entre lo que importa y lo que no. La decisión entre seguir ignorando el sufrimiento de los más pobres y maltratar nuestra casa común, la Tierra, o empeñarnos a todos los niveles en transformar nuestra forma de actuar.

La ciencia nos dice, cada día con mayor precisión, que es necesario actuar urgentemente —y no exagero, esto lo dice la ciencia— si queremos tener la esperanza de evitar cambios climáticos radicales y catastróficos. Y para ello, actuar con urgencia. Es un dato científico.

La conciencia nos dice que no podemos ser indiferentes al sufrimiento de los más pobres, a las crecientes desigualdades económicas y a las injusticias sociales. Y la economía en sí misma no puede limitarse a la producción y distribución. Debe considerar necesariamente su repercusión en el ambiente y la dignidad de la persona. Podríamos decir que la economía debe ser creativa en sí misma, en sus métodos, en su forma de actuar. Creatividad.

Quisiera invitaros a emprender, juntos, un viaje. Un viaje de transformación y de acción. Hecho no tanto de palabras, sino sobre todo de acciones concretas e improporables.

Lo llamo “viaje”, porque requiere un “desplazamiento”, ¡un cambio! De esta crisis, ninguno de nosotros debe salir igual —nunca saldremos igual: de una crisis, nunca se sale igual— y se necesitará tiempo y esfuerzo para salir de ella. Será necesario ir paso a paso, ayudar a los débiles, persuadir a los dudosos, imaginar nuevas soluciones y esforzarse por llevarlas a cabo.

Pero el objetivo es claro: construir, en la próxima década, un mundo donde se pueda responder a las necesidades de las generaciones presentes, incluyendo a todos, sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras.

Me gustaría invitar a todas las personas de fe, cristianas o no, y a todas las personas de buena voluntad, a emprender este viaje, [a partir] de su fe o, si no tiene fe, de su voluntad, de su propia buena voluntad. Cada una y cada uno de nosotros, como individuos y miembros de grupos —familias, comunidades religiosas, empresas, asociaciones, instituciones— puede contribuir de manera significativa.

Hace cinco años escribí la Encíclica *Laudato si'*, dedicada al cuidado de nuestra casa común. Propone el concepto de “ecología integral”, para responder juntos al grito de la tierra pero también al grito de los pobres. La ecología integral es una invitación a una visión integral de la vida, partiendo de la convicción de que todo en el mundo está conectado y que, como nos ha recordado la pandemia, somos interdependientes unos de otros, y también dependientes de nuestra Madre Tierra. De esta visión se deriva la necesidad de buscar otras formas de entender y medir el progreso, sin limitarnos solamente a la dimensión económica, tecnológica, financiera

y al producto bruto, sino dando una relevancia central a la dimensión socio-ética y educativa.

Hoy quisiera proponer tres líneas de acción.

Como escribí en *Laudato si'*, el cambio y la correcta orientación para el viaje de la ecología integral requiere dar antes que nada un paso educativo (cf. n. 202). Por lo tanto, la primera propuesta es promover, en todos los niveles, una educación para el cuidado de la casa común, desarrollando la comprensión de que los problemas ambientales están vinculados a las necesidades humanas —debemos entender esto desde el principio: los problemas ambientales están vinculados a las necesidades humanas—; una educación basada en datos científicos y en un enfoque ético. Esto es importante: ambos. Me anima el hecho de que muchos jóvenes ya tienen una nueva sensibilidad ecológica y social, y algunos de ellos luchan generosamente por la defensa del ambiente y la justicia.

Como segunda propuesta, se debe hacer hincapié en el agua y la alimentación. El acceso al agua potable segura es un derecho humano esencial y universal. Es imprescindible, porque determina la supervivencia de las personas y,

empresas que no satisfagan los parámetros de la ecología integral y recompensando a las que hagan esfuerzos concretos en esta fase de transición para poner en el centro de sus actividades parámetros como la sostenibilidad, la justicia social y la promoción del bien común. Muchas organizaciones católicas y otras organizaciones religiosas ya han asumido la responsabilidad de trabajar en esta dirección. En efecto, la tierra debe ser trabajada y cuidada, cultivada y protegida; no podemos seguir exprimiéndola como una naranja. Y podemos decir que esto, el cuidado de la tierra, es un derecho humano.

Estas tres propuestas deben entenderse como parte de un gran conjunto de acciones que debemos realizar de manera integrada para lograr una solución duradera de los problemas.

El sistema económico actual es insostenible. Nos enfrentamos al imperativo moral, y a la urgencia práctica, de replantearnos muchas cosas: cómo producimos, cómo consumimos, pensar en nuestra cultura del despilfarro, la visión a corto plazo, la explotación de los pobres, la indiferencia hacia ellos, el aumento de las desigualdades y la dependencia de las fuentes de



por lo tanto, es una condición para el ejercicio de todos los demás derechos y responsabilidades. Garantizar una alimentación adecuada para todos mediante métodos de agricultura no destructivos debería convertirse entonces en el objetivo fundamental de todo el ciclo de producción y distribución de alimentos.

La tercera propuesta es la de la transición energética: una sustitución progresiva, pero sin demora, de los combustibles fósiles por fuentes de energía limpia. Nos quedan pocos años, los científicos calculan aproximadamente menos de treinta —nos quedan pocos años, menos de treinta— para reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero en la atmósfera. Esta transición no sólo debe ser rápida y capaz de satisfacer las necesidades energéticas presentes y futuras, sino que también debe estar atenta a las repercusiones en los pobres, las poblaciones locales y los que trabajan en el sector de la producción de energía.

Una forma de impulsar este cambio es llevar a las empresas hacia la exigencia ineludible de comprometerse con el cuidado integral de la casa común, excluyendo de las inversiones a las

energía nocivas. Todos desafíos. Tenemos que pensarlo.

La ecología integral sugiere una nueva comprensión de la relación entre nosotros y con la naturaleza. Esto lleva a una nueva economía, en la que la producción de riqueza esté dirigida hacia el bienestar integral del ser humano y al mejoramiento —no a la destrucción— de nuestra casa común. También significa una política renovada, concebida como una de las formas más altas de caridad. Sí, el amor es interpersonal, pero el amor también es político. Involucra a todos los pueblos e involucra a la naturaleza.

Os invito, por tanto, a todos a emprender este viaje. Así lo propuse en la *Laudato si'*, y también en la nueva encíclica, *Fratelli tutti*. Como sugiere el término “Countdown” (Cuenta atrás), debemos actuar con urgencia. Cada uno de nosotros puede jugar un papel muy valioso si todos nos ponemos en marcha hoy. No mañana, hoy. Porque el futuro se construye hoy, y se construye no solos, sino en comunidad y en armonía.

¡Gracias!

La imagen divina está marcada en cada persona: no reconocerlo es un sacrilegio y una abominación

Es ateísmo práctico creer en Dios y odiar a los hombres

Del «ateísmo de todos los días» —que consiste en decir que se cree en Dios pero después mantener las distancias con los otros o incluso odiarlos— advirtió el Papa Francisco durante la audiencia general del miércoles por la mañana, 21 de octubre, en el aula Pablo VI. Respetando las medidas de distanciamiento destinadas a contener la propagación del contagio por coronavirus —como él mismo explicó a los fieles presentes—, el Pontífice completó la catequesis sobre la oración de los salmos que comenzó la semana pasada.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy tendremos que cambiar un poco la forma de realizar esta audiencia por causa del coronavirus. Vosotros estáis separados, también con la protección de la mascarilla y yo estoy aquí un poco distante y no puedo hacer lo que hago siempre, acercarme a vosotros, porque sucede que cada vez que yo me acerco, vosotros venís todos juntos y se pierde la distancia y está el peligro para vosotros del contagio. Siento hacer esto pero es por vuestra seguridad. En vez de ir cerca de vosotros y darnos la mano y saludar, nos saludamos desde lejos, pero sabed que yo estoy cerca de vosotros con el corazón. Espero que entendáis por qué hago esto. Por otro lado, mientras leían los lectores el pasaje evangélico, me ha llamado la atención ese niño o niña que lloraba. Yo veía a la madre que le acunaba y le amamantaba y he pensado: “así hace Dios con nosotros, como esa madre”. Con cuánta ternura trataba de mover al niño, de amamantar. Son imágenes bellísimas. Y cuando en la iglesia sucede esto, cuando un niño llora, se sabe que ahí está la ternura de una madre, como hoy, está la

los primeros monjes cristianos dice así: «Beato el monje que, después de Dios, considera a todos los hombres como Dios» (Evagrio Póntico, *Tratado sobre la oración*, n. 123). Quien adora a Dios, ama a sus hijos. Quien respeta a Dios, respeta a los seres humanos.

Por esto, la oración no es un calmante para aliviar las ansiedades de la vida; o, de todos modos, una oración de este tipo no es seguramente cristiana. Más bien la oración responsabiliza a cada uno de nosotros. Lo vemos claramente en el “Padre nuestro”, que Jesús ha enseñado a sus discípulos.

Para aprender esta forma de rezar, el Salterio es una gran escuela. Hemos visto cómo los salmos no usan siempre palabras refinadas y amables, y a menudo llevan marcadas las cicatrices de la existencia. Sin embargo, todas estas oraciones

naciones, hace vanos los proyectos de los pueblos; mas el plan de Yahveh subsiste para siempre, los proyectos de su corazón por todas las edades» (33,10-11).

En resumen, donde está Dios, también debe estar el hombre. La Sagrada Escritura es categórica: «Nosotros amemos, porque él nos amó primero» (1 Jn 4, 19). Él siempre va antes que nosotros. Él nos espera siempre porque nos ama primero, nos mira primero, nos entiende primero. Él nos espera siempre. «Si alguno dice “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Si tú rezas muchos rosarios al día pero luego chismorreas sobre los otros, y después tienes rencor dentro, tienes odio contra los otros, esto es puro artificio, no es

“ En vez de ir cerca de vosotros y darnos la mano y saludar, nos saludamos desde lejos, pero sabed que yo estoy cerca de vosotros con el corazón ”

ternura de una madre que es el símbolo de la ternura de Dios con nosotros. No mandéis nunca callar a un niño que llora en la iglesia, nunca, porque es la voz que atrae la ternura de Dios. Gracias por tu testimonio.

Completamos hoy la catequesis sobre la oración de los Salmos. Ante todo notamos que en los Salmos aparece a menudo una figura negativa, la del “impío”, es decir aquel o aquella que vive como si Dios no existiera. Es la persona sin ninguna referencia al trascendente, sin ningún freno a su arrogancia, que no teme juicios sobre lo que piensa y lo que hace.

Por esta razón el Salterio presenta la oración como la realidad fundamental de la vida. La referencia al absoluto y al trascendente —que los maestros de ascética llaman el “sagrado temor de Dios”— es lo que nos hace plenamente humanos, es el límite que nos salva de nosotros mismos, impidiendo que nos abalancemos sobre esta vida de forma rapaz y voraz. La oración es la salvación del ser humano.

Cierto, existe también una oración falsa, una oración hecha solo para ser admirados por los otros. Ese o esos que van a misa solamente para demostrar que son católicos o para mostrar el último modelo que han comprado, o para hacer una buena figura social. Van a una oración falsa. Jesús ha advertido fuertemente sobre esto (cfr. Mt 6, 5-6; Lc 9, 14). Pero cuando el verdadero espíritu de la oración es acogido con sinceridad y descien- de al corazón, entonces esta nos hace contemplar la realidad con los ojos mismos de Dios.

Cuando se reza, todo adquiere “espesor”. Esto es curioso en la oración, quizá empezamos en una cosa sutil pero en la oración esa cosa adquiere espesor, adquiere peso, como si Dios la tomara en sus manos y la transformase. El peor servicio que se puede prestar, a Dios y también al hombre, es rezar con cansancio, como si fuera un hábito. Rezar como los loros. No, se reza con el corazón. La oración es el centro de la vida. Si hay oración, también el hermano, la hermana, también el enemigo, se vuelve importante. Un antiguo dicho de

han sido usadas primero en el Templo de Jerusalén y después en las sinagogas; también las más íntimas y personales. Así se expresa el Catecismo de la Iglesia Católica: «Las múltiples expresiones de oración de los Salmos se hacen realidad viva tanto en la liturgia del templo como en el corazón del hombre» (n. 2588). Y así la oración personal toma y se alimenta de la del pueblo de Israel, primero, y de la del pueblo de la Iglesia, después.

También los salmos en primera persona singular, que confían los pensamientos y los problemas más íntimos de un individuo, son patrimonio colectivo, hasta ser rezados por todos y para todos. La oración de los cristianos tiene esta “respiración”, esta “tensión” espiritual que mantiene unidos el templo y el mundo. La oración puede comenzar en la penumbra de una nave, pero luego termina su recorrido por las calles de la ciudad. Y viceversa, puede brotar durante las ocupaciones diarias y encontrar cumplimiento en la liturgia. Las puertas de las iglesias no son barreras, sino “membranas” permeables, listas para recoger el grito de todos.

En la oración del Salterio el mundo está siempre presente. Los salmos, por ejemplo, dan voz a la promesa divina de salvación de los más débiles: «Por la opresión de los humildes, por el gemido de los pobres, ahora me alzo yo, dice Yahveh: auxilio traigo a quien por él suspira» (12, 6). O advierten sobre el peligro de las riquezas mundanas, porque «el hombre en la opulencia no comprende, a las bestias mudas se asemeja» (48, 21). O, también, abren el horizonte a la mirada de Dios sobre la historia: «Yahveh frustra el plan de las

verdad. «Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 21). La Escritura admite el caso de una persona que, incluso buscando sinceramente a Dios, nunca logra encontrarlo; pero afirma también que las lágrimas de los pobres no se pueden negar nunca, so pena de no encontrar a Dios. Dios no sostiene el “ateísmo” de quien niega la imagen divina que está impresa en todo ser humano. Ese ateísmo de todos los días: yo creo en Dios pero con los otros mantengo la distancia y me permito odiar a los otros. Esto es el ateísmo práctico. No reconocer la persona humana como imagen de Dios es un sacrilegio, es una abominación, es la peor ofensa que se puede llevar al templo y al altar.

Queridos hermanos y hermanas, que la oración de los salmos nos ayude a no caer en la tentación de la “impiedad”, es decir de vivir, y quizá también de rezar, como si Dios no existiera, y como si los pobres no existieran.

